

mente transmitidos á los descendientes de los antiguos perseguidores.

Añádase á esto, en cierto país, el aislamiento de la vivienda, el contraste de las costumbres, de la alimentación y del lenguaje y la concurrencia comercial. Todas estas causas fomentan las envidias y aumentan las diferencias reales ó aparentes, haciendo el envilecimiento de los judíos, deseable y útil á los particulares, cuando no á la nación. Ocasión tendremos de examinar la epidemia psíquica que difunde y multiplica los odios y las leyendas.

CAPÍTULO II

DEFECTOS DE LOS JUDÍOS

Imposible negar que las persecuciones sufridas por los judíos, no han sido, en cierto modo, motivadas por su mismo carácter.

Nunca les han faltado inteligencia y astucia. No, muy al contrario. Empero el hábito continuo de dedicarse durante tantos años al comercio, desarrolló en ellos esas corrientes de maulería y falacias y algo de la energía muscular, que observamos comunmente en todos los comerciantes; el pueblo al advertir estas facultades tan preponderantes entre los judíos, no se cuidó de no-

tar que ellas eran también patrimonio de cuantos ejercían la misma profesión: por eso creyéronlas propias sólo de los israelitas.

Es necesario invocar además la frecuente propensión á degenerar, que causa entre ellos un considerable número de genios, así como de neuropáticos, megalómanos y ambiciosos.

La necesidad de vivir aparte adquirió aún mayor incremento en la inmensa mayoría de los judíos, por la antigua costumbre de morar recogidos en pequeñas calles, en los *ghetti*, particularmente en Oriente y en Rusia; añadamos en fin á esto, ese extraño habitual tesón de conservar en cada país, España, Oriente, sus arcaicas costumbres y hasta sus vestidos de los tiempos medioevales, á los cuales concedían una importancia casi religiosa, fenómeno que, según veremos en otro lugar, contrasta muy mucho con ese amor á la innovación de que hoy ofrecen al mundo gallardos ejemplos.

Este conservatismo de las formas acompaña al conservatismo religioso, practicado rigurosamente no sólo en los grandes momentos del culto, sino hasta en los ritos que no se avienen con el espíritu de nuestra época.

La antiquísima religión judaica, siguiendo en esto la ley de todas las religiones que sufren modificaciones, conforme van envejeciendo, ha dejado crecer sobre sus bellos dogmas monoteistas, para suplir su extrema simplicidad, una colección de pequeños ritos, á los que los fieles, principalmente los santurrones, dan más importancia que á todos los otros principios religiosos.

De esta suerte, la bárbara práctica de la circuncisión, que no es, según ha demostrado Spencer, más que un rudimento simbólico de los sacrificios humanos y los absurdos ritos de los ayunos pascuales, que se diferencian de todos los acostumbrados por los pueblos circundantes, atrajéronse naturalmente el ridículo y la desconfianza por la exagerada importancia que les prestaban los ortodoxos.

El procedimiento de ceñirse los brazos y la cabeza, con pedazos de cuero, que contenían ciertas fórmulas religiosas (Dios es único), remóntase ciertamente á los tiempos en que la palabra escrita, aun en el período de su nacimiento, asumía para la mayor parte una extraña importancia, una significación simbólica y misteriosa, que concedía á una máxima escrita el poder de realizar

milagros. En nuestros días, en que todo el mundo, hasta el último de los criados, lee diariamente millares de líneas en cualquier periódico, una fórmula escrita, á la cual se atribuyera una interpretación mágica, provocaría la risa ó acaso suscitaria la idea de tenebrosos misterios.

Lo peor es que ellos llevan más lejos su ceguedad: así, el verdadero ortodoxo judío, del que afortunadamente existen hoy muy raros ejemplares, muéstrase en sus rutinarias tendencias todavía mucho más exagerado: él llega hasta llevar en sus hábitos religiosos, fragmentos de aquellos *guippu* ó bordados mnemónicos en hilos que llevaban los hombres primitivos, los Peruvianos, por ejemplo, antes que fueran conocidos la escritura ideográfica y el alfabeto fonético. Ellos radicalizan su fanatismo hasta servirse de los dientes en la cruel ceremonia de la circuncisión, en la cual acostumbran también á emplear los sílex cortados de nuestros antepasados de las cavernas.

Esta tendencia conservadora ha arrastrado al judío á intolerancias atrozmente bárbaras. En el siglo XVII, la agrupación israelita más culta del globo, prohibió la circulación de las obras de Baruch Spinoza.

Moisés Mendelssohn, verdadero modelo de *Nathan el Sabio*, vió en pleno siglo XVII, condenados su pentáteuco y sus salmos alemanes, por los rabinos de Alemania y Polonia. ¡Esto no es todo! La sinagoga de Berlín anatematizó los escritos en lengua vulgar, arrojando de su seno á uno de sus miembros por haber leído un libro alemán. ¡La lectura de un libro alemán constituía, hace poco más de un siglo, para los judíos, un enorme delito! (Leroy-Beaulieu).

«El judío tiene una inteligencia superior, pero le falta carácter: lo que sostiene ó afirma aquélla, piérdelo frecuentemente este. Es una de las razas más obstinadas de la tierra: solamente los perseverantes y los enérgicos han podido luchar á la par entre ellos, más habiendo ella adoptado para resistir la máscara de la humildad, de esa flexibilidad que la ha hecho legendaria, resulta afeada por una inferioridad moral. El judío no ha logrado tamaña flexibilidad de todo su sér, sino á costa de grandes sacrificios. A fuerza de arrastrarse bajunamente ha adquirido á su placer humildosas actitudes. Sujetándose á desempeñar igualmente todos los oficios, se ha habituado á repugnantes compromisos; él es casi siempre un servil

adulador, y en la lucha por la vida, ha sacrificado en muchas ocasiones al interés personal ó al afán de lucro, el honor y la conciencia». (Leroy-Beaulieu).

Además, el judío ha perdido completamente algunos de sus grandes caracteres históricos. El valor, el desprecio de la vida eran dos de las notas más salientes de esa robusta raza, que creyó adorar al Dios de las conquistas y de la destrucción, y que vertió raudales de su propia sangre en la heroica defensa de Massad, donde el vencedor romano contempló con sus propios ojos—espectáculo absolutamente nuevo para él—toda una ciudad, suicidándose para no sobrevivir á la vergüenza universal.

Hoy, el número ínfimo de suicidas y los escasos guerreros que salen de entre los judíos, demuestra que no es el valor su característica como en tiempos anteriores; antes bien parecen denotar esas cifras, que al antiguo arrojo ha sucedido una instintiva timidez y un ridículo miedo de la muerte.

Una de las causas de esta decadencia, así como de su astucia é hipocresía proviene (Leroy-Beaulieu), de que los judíos han padecido la influencia de la pobreza hereditaria, de la indigencia que, bajo un cielo incele-

mente, envilecen el alma y el cuerpo. En Rusia y Rumanía déjase, aún en nuestros días, sentir sobre ellos todo el peso de las leyes hostiles: no pueden vivir sino por disimulo, burlando astutamente las mallas de la ley que les aprisiona. La proporción no es igual entre los judíos y los cristianos: esta desigualdad obliga á aquéllos al fingimiento. (Id).

«El rabino Josué, padre de Salomón Maimón, excitaba á sus hijos á luchar por la astucia:—Nada de violencias, decía constantemente este hombre de sentido, mejores son las estratagemas. Los hermanos menores de Salomón robáronle un día con mucha destreza, los botones de su calzón. Salomón se lamentaba:—¿Por qué te los dejaste robar?—replicóle su padre;—procura otra vez ser más malicioso».

«Recordemos, escribe Leroy, los oficios más honrados, ejercidos por sus padres: buhonero, chalán, tabernero, mercader de ropas viejas; recordemos las de tesorero del rey ó del sultán, pagador y cobrador de impuestos: muy cierto que no son estas las profesiones que elevan el espíritu y ennoblecen el carácter.

»Colono del fisco ó del amo, el judío ase-

méjase á las aves nocturnas que se dejan cazar ó arrebatar por obedecer al Señor. Es el agente hereditario de todas las opresiones y exacciones. Tratado sin piedad por sus superiores, duplica él su crueldad con los inferiores, sacándoles todo lo que puede en provecho de los que no ven en él más que una esponja asaz porosa.

«He aquí un ejemplo: el *factor* de Levante, el judío polonés, empleado durante mucho tiempo por el Estado y aún por la Iglesia para cobrar los impuestos, cuotas, censos, créditos, y toda clase de rentas. Este factor tiene dos caras: es profesionalmente un hombre de doble rostro: obsequioso y servil, sin abandonar nunca la sonrisa de la adulación delante de su amo: cruel, altanero, burlón con el campesino y el deudor. Este es, pues, el judío: todo al mismo tiempo humilde y arrogante, bajuno y ferozmente chocarrero, según el hombre con quien habla». (Leroy-Beaulieu).

La raza judía no es fuerte. El judío, principalmente el de los grandes centros del Este, es con mucha frecuencia pequeño, delgado, de presencia derrotada, miserable. Ninguna raza presenta menos caracteres de vitalidad: ninguna, sin embargo resiste

tanto á las enfermedades: esto es debido á que ofrece en sus aspectos moral y físico, una selección de dos mil años, selección la más rigurosa y dolorosa, que jamás ha experimentado raza alguna.

Cuanto había en ella demasiado débil, fué eliminado por la muerte ó el bautismo: he aquí el origen de su incomparable fuerza de resistencia.

Finalmente, la arrogancia, natural acaso en el oprimido durante largo tiempo, la necesidad de dominar sobre los demás, de significarse, alardeando de lujo y de joyas de mal gusto, han contribuído también á hacerlos antipáticos á sus cohabitantes que, por un sentimiento lógico en el hombre, han visto con envidia que el vecino vale tanto como ellos.

Sumemos á todo esto el temperamento rencoroso, la monotonía del carácter, el espíritu poco cuidadoso de la forma, escasamente artista en su culto, el aspecto melancólico y reservado del judío, observado ya por Tácito, y tendremos las causas intrínsecas, más frecuentes de las antipatías individuales y nacionales surgidas contra los hijos de Judea.